



BERNARDO EUNOM PHILIPPI

CORONEL DE INGENIEROS MILITARES DE CHILE Y COLONIZADOR

Primeros exploradores del Lago Llanquihue y regiones australes

El caminante o viajero que llega por primera vez a las agrestes comarcas que bordean el Lago Llanquihue, al bajar las lomas, alcanza a divisar de improviso aquellas hermosísimas tierras y apacibles pueblos cobijados entre los faldeos, acurrucados como un niño entre las sábanas de su estrecha cuna, y experimenta la sensación voluptuosa e intensa que le hubiera provocado este mismo paisaje hace un siglo.

Todo lo que abarca la vista, no era más que un inmenso océano selvático, una llanura frondosa y ondulada, interrumpida únicamente por la superficie, color esmeralda, del gran lago, flanqueado, hoy como antaño, por los enormes conos volcánicos ceñidos de nieve y hielo, del Osorno y Calbuco.

Desde los tiempos de García Hurtado de Mendoza y de su compañero, el poeta Alonso de Ercilla y Zúñiga, el que por primera vez pisó la tierra insular de Chiloé, no se había hecho expedición alguna en este territorio, y la faja de terreno que ocupaban los indomables Araucanos entre el centro de Chile y esta región, contribuyó poderosamente a que esta zona quedara como «tierra incógnita».

El destino había reservado al Teniente Coronel del Ejército de Chile, Bernardo Eunom Philippi, la suerte de descubrir el Lago Llanquihue, hazaña realizada en una atrevida expedición desde Melipulli (Puerto Montt) el año 1842 y de emprender su colonización con gente de descendencia germánica.

Nació Bernardo Eunom Philippi en Charlottenburg, cerca de Berlín, el 19 de Septiembre de 1811 y, viajando como grumete en el «Princesa Luisa», buque mercante de la marina alemana, estuvo cuando joven en Valparaíso, recorriendo la costa del Pacífico, pero no se radicó en Chile sino después de un segundo viaje en 1840.

Su admiración por este país y principalmente por las provincias australes, lo llevó a explorar, sin más ayuda que la de sus propios medios, primero la Isla de Chiloé y los archipiélagos de las Guaitecas y los Chonos y después, las provincias de Valdivia y Llanquihue, aventuradas expediciones en que más de una vez, estuvo en peligro su vida, como se desprende de la relación de uno de estos viajes escrita por él mismo.

Vuelto poco después a Alemania, se encontró allí, en Agosto de 1840 en circunstancias en que, por encargo de su hermano Rodolfo, se leyeron, ante la Sociedad Geográfica de Berlín, las notas de su viaje por Chiloé, las Guaitecas y los Chonos.

Su expedición al Lago Llanquihue en el verano de 1842, región olvidada desde los tiempos de Pedro de Valdivia, García Hurtado de Mendoza y los geógrafos es-

pañoles del siglo XVIII, es otro de los acontecimientos memorables de su vida y un hecho que le conquistó, con justicia, el epíteto de descubridor del Lago Llanquihue.

Puede considerarse su mapa de la provincia de Valdivia, ejecutado en 1846, como la primera producción cartográfica y científica de esas comarcas levantada después del dominio español.

Encontrábase en San Carlos de Ancud en 1843, cuando se organizó, por disposición del Intendente Espiñeira, la expedición de la goleta Ancud, ordenada por el Presidente Bulnes para tomar posesión del Estrecho de Magallanes. La referida nave era de unas cuarenta toneladas y su dotación se componía de 18 marineros y dos soldados, dos mujeres, su capitán, Don Juan Williams y los señores Carlos Miller y Bernardo Eunom Philippi, en todo veintitrés personas.

Navegando desorientados por el laberinto de canales e islas de la costa occidental de la Patagonia, tuvieron la suerte de encontrar a la goleta contrabandista norte-americana «Enterprise», a bordo de la cual pudo Philippi copiar las cartas de King y Fitz-Roy para proseguir el viaje, cartas que se conservan en las oficinas hidrográficas de la Marina de Chile.

Desgraciadamente, poco después de zarpar de Puerto Americano, (Tangbac de las Guaitecas), sufrió la nave un serio accidente en el timón que detuvo su marcha y hubo necesidad de enviar a Miller y Philippi en una chalupa hasta Ancud, en busca de repuestos y víveres, para continuar el viaje.

A los 23 días estaban de regreso. Hizo la goleta rumbo al Estrecho y tomaron sus tripulantes posesión de las tierras magallánicas en nombre de la República de Chile, el 21 de Septiembre de 1843.

La llegada del buque de guerra francés «Phaeton», ocurrida pocos días después, dió ocasión a Philippi para expresar al capitán Maissin, en el correctísimo francés, aprendido cuando niño en la escuela de Pestalozzi, que había llegado tarde a ocupar el Estrecho.

Pertenece a Philippi la idea de la colonización de las provincias de Valdivia y Llanquihue, y fué él el primero en llevarla a la práctica con la ayuda del cónsul de Prusia en Valparaíso, Fernando Flindt, trayendo en 1846 las nueve primeras familias en la barca de propiedad de ambos socios llamada Catalina, y que se radicaron en el fundo de Bellavista, comprado con este objeto en Valdivia. (1)

Persuadido el Gobierno de Don Manuel Bulnes de los buenos propósitos de Philippi y de las ventajas que reportarían al país sus proyectos de colonización, lo comisionó en 1848 para que se trasladara a Alemania a contratar 300 familias que debían radicarse en las provincias de Valdivia y Llanquihue. No fué difícil el desempeño de esta comisión, ya que los acontecimientos políticos de Europa favorecieron su tarea, pudiendo enviar, no sólo obreros, sino familias distinguidas que disponían de recursos propios las cuales llegaron a nuestro país para radicarse definitivamente en su segunda patria.

Llamado Philippi a Chile, a fines de 1851 por el nuevo Presidente Don Manuel Montt, fué reemplazado en su puesto de Agente de colonización por el Cónsul Ge-

(1) Según antecedentes que obran en poder de la familia Ried, fueron dos las barcas que trajeron a los primeros colonos a saber: la María Teresa y la Catalina, nombres que corresponden a las esposas de Flindt (María Teresa Canciani) y a la del doctor Aquinas Ried (Catalina Canciani.—Nota de Alberto Ried.

neral, Don Vicente Pérez Rosales, quien dió gran impulso a la inmigración desde el año 1856 para adelante, de tal modo que el total de emigrados a Chile en 1857 llegó a 2.754 personas (Pettermann's Mitteilungen) l.c.

Queda de manifiesto que fué Philippi el iniciador y fundador de la colonización de las provincias del sur de Chile, que con los años han dado tantas riquezas y tantos ciudadanos útiles a la Nación.

Lentamente progresaba entretanto Punta Arenas que se había destinado a colonia penal, hasta que, resuelto el Gobierno a darle un impulso, más en armonía con el progreso de la República, envió al Capitán de Marina, Don Benjamín Muñoz Gamero, como Gobernador del Territorio de Magallanes.

Desgraciadamente un mal oficial de la guarnición de ese lugar, apellidado Cambiaso, se amotinó en 1850, asesinando al Gobernador, al capellán y a muchos vecinos, soldados, mujeres e indios patagones, infundiendo el terror por todas partes.

Nombrado Philippi en 1852 para reemplazar a Muñoz Gamero, reconstruir la Colonia y volver a la amistad de los indios, aceptó una invitación que le hicieron éstos para visitar sus tierras, en donde él y sus acompañantes pagaron con sus vidas los crímenes de Cambiaso.

Fué Philippi asesinado traidoramente junto con otros tres camaradas, entre ellos el pintor alemán Simon, por los vengativos patagones el 27 de Octubre de 1852.

Tal es el trágico fin del coronel de ingenieros militares de Chile, Bernardo Eunuom Philippi, quien, joven aún, sacrificó su vida en aras de su patria de adopción.

Dr. Aureliano Oyarzún.



PUERTO VARAS

Relación del descubrimiento del lago Llanquihue escrita por Bernardo Eunom Philippi

(Es el documento más antiguo que poseemos)

Excursión al Lago Quetrupe Pata o Llanquihue.

El gran lago que se conoce en Chiloé con el nombre de Quetrupe Pata y en Valdivia con el de Llanquihue, fué primitivamente conocido por los españoles, pero cayó en olvido desde la época en que los valientes araucanos conquistaron este territorio en el siglo XVII. Mas, a pesar de que en 1797 los españoles tomaron de nuevo posesión tranquila del lago, los pobladores ignorantes de la vecindad no se atrevieron a penetrar en sus regiones por temor a los antiguos enemigos, o amedrentados por las fábulas que se contaban, muy propias naturalmente, para atemorizar a las gentes tímidas.

Se decía que era tan grande, que alcanzaba hasta Buenos Aires; muy tempestuoso, de mareas regulares, habitado en una de sus orillas por monstruos y en la otra parte por los indios pehuenches y araucanos.

Emprendí este viaje, partiendo de la costa continental situada al norte de la isla de Chiloé, costa que, aunque completamente despoblada, es muy importante para esta provincia, pues aquí es donde los chilotes hacen su fortuna con el comercio de tablas de alerce.

En verdad, casi toda la población masculina de Chiloé, abandona su tierra natal a principios de verano, para embarcarse en piraguas o lanchas que los conducen a los

lugares donde se encuentran los alerzales. Levantan allí una morada provisoria la cual, como salida por encanto de la tierra, desaparece luego después, sin dejar rastros tan pronto vuelven a sus hogares isleños llevándose las tablas con que la hubieran construido. Llaman astilleros a estos lugares improvisados y el de Melipulli (hoy Puerto Montt), de donde partí, constaba entonces de 27 a 30 casuchas con una población de más de doscientas almas.

Permanecen muertos estos sitios desde la mañana hasta la noche y, fuera de algunos escasos cuidadores que se quedan en ellos, no se ven, durante el día, más que perros y cerdos en sus alrededores.

Al atardecer regresan los trabajadores, unos tras de otros, cargados con las tablas elaboradas durante el día. Son éstas de 9 pies de largo por 9 pulgadas de ancho y entre media y una pulgada de grueso y no deja de ser considerable la carga que un solo trabajador puede llevar sobre sus hombros en un recorrido que llega hasta una milla alemana.

Aunque es un tanto extraña la expresión que esta gente emplea para designar su trabajo, dicen que «van a las minas» lo cual, sin embargo es fiel y significativo, ya que estos parajes son efectivamente sus minas y las tablas de alerce su dinero.

En Calbuco se da el nombre de real, moneda del país, a una tabla, aunque bien es cierto que se dan 4 tablas por ese precio. Es también característica la expresión de «ir a las minas», porque al presente se labran o sacan la mayor parte de las tablas de los alerces viejos, caídos y ya medio enterrados en el suelo. Se ha trabajado con tan poco cuidado esta madera, que hoy, sólo a mucha distancia se ven vivos estos majestuosos árboles y los labradores de tablas obligados a buscar y trabajar los troncos abandonados. Muchas veces, sólo con el propósito de rozar el campo pegan fuego a grandes extensiones de bosques, con lo que además de quemar las plantas útiles, destruyen los retoños de los alerces.

Este árbol tiene una corteza blanda y filamentosa que se emplea como estopa para calafatear las embarcaciones y que tiene la ventaja de hincharse con el agua. El fuego la prende con una facilidad increíble, subiendo rápidamente a la copa del árbol y destruyendo las ramas para dejar intacto el tronco.

El aleice pertenece a los árboles gigantes; he medido varios que tienen un diámetro de 15 pies, lo que explica que, a pesar del poco cuidado que se toma para trabajarlo, perdiendo una cantidad increíble de madera, un solo ejemplar proporcione entre 500 y 700 tablas. No es muy alto con relación a su espesor y creo no haber visto ninguno que alcance a más de 150 pies de altura. Se levanta, es verdad, muy recto hasta el punto en que nacen las primeras ramas, pero allí pierde inmediatamente el grueso para formar la corona. Nunca he visto bosques formados únicamente de alerces, sino que la mitad, por lo menos, de árboles con follaje de coníferas llamadas mañíos o pinos. Parece que es muy lento el crecimiento del alerce, pues en un paraje incendiado hacía 14 años, ninguno de los nuevos árboles había alcanzado la altura de dos hombres. De unos troncos que tuve ocasión de examinar, saco la conclusión de que el ponderado árbol creció antiguamente hasta cerca del mar, donde hoy ya no se encuentra.

Hay poco que decir sobre la manera empleada en elaborar las tablas. Se empiezan por cortar los troncos en piezas de 9 pies de longitud las cuales se rasgan en varias secciones por medio de cuñas o astillas que proporciona la misma hacha cuando se derri-

ba el árbol, desechándose la parte superior o copa porque no se deja partir. Basta generalmente la presencia del menor inconveniente en la estructura de la madera para que el trabajador lo abandone y busque otro que no presente dificultades en la confección de tablas.

El monte está formado principalmente por quilas (especie de bambúes) que lo hacen casi impenetrable y es característico el modo cómo los chilotos se abren una senda para llegar hasta las «minas». Derriban algunos árboles y arbustos los cuales al caer, aplastan con su propio peso a otros de menor tamaño y principalmente a las quilas. Caminan entonces, apoyados en una larga vara o palo cualesquiera sobre los troncos de los árboles derribados. Cuando quedan espacios entre dos troncos derrumbados, llenan estos espacios con palos o estacas de manera que los pies no tocan jamás el suelo en distancias algunas veces de varias millas. Si sobresale la curva de algún tronco que impida el paso, lo rebajan de tal manera que, sin dividirlo, lo hacen conservar la firmeza necesaria para poder andar sobre él.

Después de haber visto todo esto, he hecho preparativos para la expedición contratando al guía Francisco Maldonado quien hubiera estado catorce años antes en el lago, poniéndonos en marcha el 27 de Enero de 1842.

Eramos siete individuos, fuera del guía, a saber: mi amigo Richard Kenderdine, de Manchester; Charles Herbst, sirviente; Monroy, soldado; y tres peones provistos de hachas y machetes quienes debían abrirnos la senda y transportar nuestras gruesas capas y pellones que iban a servirnos de cama, más las provisiones compuestas especialmente de dos almudes, más o menos, de harina tostada.

A poca distancia del mar se sube en tres tiempos a una altura de 500 metros por un camino arreglado con trozos de madera que facilitan el tránsito. Una vez arriba, se camina por una extensa planicie que se extiende sin interrupción hasta el lago mismo.

En un principio encontramos la senda formada por los árboles ya descritos, varios arroyos con agua escasa que no por esta circunstancia llevaban el nombre de ríos. El más grande, denominado Río de la Arena, no tiene medio pie de hondura pero, a juzgar por los árboles caídos que interrumpen su curso, es de presumir que arrastra gran caudal durante el invierno. Hasta este punto llegaba el camino de árboles debido a que el trabajo de las «minas» no se extendía tampoco más allá. Por esta razón nos vimos obligados a abrirnos paso con hacha y machete para poder seguir adelante, sin que previamente hiciéramos nuestra comida de medio día que consistió siempre en harina tostada hecha mazamorra con agua fría condimentada con sal y ají. Tan sencillo alimento es la comida cotidiana de los trabajadores de tablas que lo preparan algunas veces en las concavidades de las maderas elaboradas y cuya operación llaman «ulpiar».

Tan pronto como hubimos satisfecho nuestro apetito y señalado el sitio con dos cruces caladas en dos árboles que tenían por delante, nos pusimos otra vez en marcha. Maldonado iba a la cabeza; yo le seguía, bastándonos nuestro esfuerzo para abrirnos la senda cuando era necesario. De esta manera los compañeros encontraban siempre el camino expedito. Pronto descubrimos los alerces gigantes vivos, cuadro que admiraron los mismos chilotos, exclamando una y otra vez: «¡Por Dios qué alerces! Estos no se acabarán jamás!» Internándonos una media milla más en la selva, encontramos el Río Negro que lleva con justicia su nombre por cuanto sus aguas son negras. Tiene,

como los demás arroyos que hemos cruzado, lecho pedregoso y desemboca al Oeste. A las 5 de la tarde llegamos a un lugar en donde, el suelo húmedo indicaba la presencia de agua. Aunque ya nos había dicho Maldonado que no encontraríamos este líquido antes de muchas horas, ordené hacer alto, encender fuego y buscar agua. No hallándola, hice varios agujeros en el suelo húmedo que pisábamos, los que en el espacio de media hora se llenaron de agua turbia con la cual preparamos nuestra harina. Pasamos la noche bajo un tronco de alerce caído que nos protegió de la lluvia que amenazaba desde temprano y su estopa nos habría proporcionado blando lecho para dormir tranquilamente si no hubiera sido por miriadas de pequeños insectos que no nos dejaron cerrar los ojos durante toda la noche. La lluvia continuó a la mañana siguiente, pero nos suministró agua clara para el desayuno. Puestos de nuevo en movimiento, encontramos luego una senda abandonada y trabajada hacía ya años por los españoles. A pesar de estar enmalezada y casi borrada, nos fué fácil recorrerla, ya que pudimos andar largos trechos por encima de los árboles caídos, hasta llegar a la «Mancha del Alerce Quemado». Así llamó Maldonado a una extensión de terreno de algunas millas que él mismo había incendiado años atrás, durante un día de viento. Este panorama fué, naturalmente triste para nosotros. Por donde mirábamos, no veíamos otra cosa que troncos quemados de color gris, con unos cuantos muñones ennegrecidos por el carbón. En este lugar habían crecido de nuevo solamente los alerces. En algunas partes estaba el suelo cubierto con grandes plantas de helechos entre las que se asomaban también alerces jóvenes. En este lugar hicimos nuestra comida, procurándonos agua que obtuvimos cavando hoyos en el suelo. Ya declinado el día y al aproximarnos otra vez a un espeso bosque, pensamos llegar esa misma tarde al lago, siguiendo el curso de un arroyo. Al menos en aquella parte nos pareció que se dirigía hacia el Norte y que se había abierto un profundo cauce por dentro de un bosque tupido de quilas. Trepamos por fin su ribera oeste y, una hora antes de ponerse el sol, hicimos alto para descansar.

Habiéndonos apagado el fuego durante la noche, el frío molestó nuestro sueño, pero nos hallábamos bien comidos y descansados para continuar nuestro viaje al día siguiente. Apenas habíamos andado dos horas, cuando descubrimos, a través del verde de los árboles, la superficie del lago, pisando, pocos momentos después, la débil pendiente de la pedregosa orilla del mismo. La magnífica vista me indemnizó ampliamente el cansancio del viaje. El agua de este lago es clara como la del Ginebra en Suiza. Su superficie es de siete leguas, más o menos de largo, por otras tantas de ancho de tal modo que no pude distinguir la orilla del frente. Tiene como aquél, los nevados Alpes por un lado, la Cordillera de los Andes que se levanta desde sus riberas orientales con un volcán cubierto de nieve hasta la mitad de su altura y que se interna en sus aguas. Como a tres millas alemanas de distancias, vimos tres ríos frescos de lava, que en la última erupción, arrasando los bosques de la pendiente, se habían arrojado al lago. Las orillas eran quebradas en todas direcciones y sólo en algunas partes desnudas por el agua que hubiera lavado los derrumbes provocados por ella misma. Tras de habernos deleitado ante el grandioso panorama y enjugado nuestros paladares con el agua fresca y clara del Llanquihue, empezamos a flanquear sus orillas siguiendo hacia el Oeste. A poco andar, un precipicio interrumpió nuestro camino y, al treparme sobre unas rocas blandas y arenosas, para buscar alguna senda, pude observar que mis compañeros no pensaban en otra cosa que en comer los tallos de las refrescantes hojas de

nalca, que se encuentran aquí en ejemplares de tamaño gigantesco. (*Panke Tinctoria Molina*). Habiendo renunciado a seguir el camino por este lado, volvimos un poco hacia atrás; nos abrimos trabajosamente una brecha a través de las quilas y, media hora más tarde, bajamos de nuevo a la orilla. El camino era también por esta parte muy incómodo, pues el suelo estaba casi totalmente cubierto de piedras redondas del tamaño de un puño, las cuales no permitían apoyar con firmeza los pies, o bien cubierto de rocas que era preciso rodear. Más incómodos aún eran los árboles caídos que impedían el paso, obligándonos a desandar grandes distancias, caminando en ocasiones por sobre el agua misma del lago. Rara vez descubrimos playas de arena volcánica negra. Después de haber andado en esta forma cerca de media legua por la ensenada que se interna hacia el Sur, encontramos un segundo rodado reciente. Convencidos de que era mejor seguir por el agua, que en algunos sitios nos llegaba hasta el cuello, pronto tuvimos que renunciar también a esta tarea por cuanto no me siguieron más que algunos de mis compañeros.

Maldonado con la ayuda de alguno de ellos, arreglaron entonces una balsa con la que me condujeron a un punto más occidental del lago, donde se forma el río Maullín. La desembocadura de este río es más ancha cerca del mar, hallándose cubierto en muchos sectores de extensos pajonales donde anidan grandes cantidades de pájaros, como cisnes de cuello negro, gaviotas, patos, etc.

El resto del día lo pasamos preparando lo necesario para construir una nueva balsa. Estaba yo decidido a llegar a Osorno por este camino, pero como era posible que en esta tarea perdiéramos la vida, tomé oportunamente las precauciones del caso, tales como escribir cartas, etc.

Amanecemos contentos. Pronto estuvo lista la balsa compuesta de troncos amarrados por medio de lazos. Al embarcarme en ella ninguno de mis acompañantes tenía el valor de seguirme. Les ordené entonces volverse con la mayor parte del equipaje, reteniendo solamente un almud de harina tostada, algo de sal, ají, una tetera, tabaco, añil y otras menudencias para el caso de encontrar indios, dos machetes, un hacha y una hachuela. Fuera de esto, cada uno de mis dos únicos compañeros, llevó consigo un poncho, su escopeta y un par de tiros de reserva.

Después de habernos distribuido por iguales partes el equipaje entre los tres, nos embarcamos, invocando el nombre de Dios, sobre los cinco troncos de que se componía la balsa. Mientras Kenderdine cuidaba el equipaje, Herbst y yo dirigíamos, por medio de largas varas la embarcación. A fin de evitar la corriente, nos internamos bastante en el lago de tal modo que pronto perdimos el fondo, pero al cabo de una hora logramos llegar a la otra orilla. Desarmamos la embarcación para llevarnos los lazos y proseguir nuestra marcha a lo largo de la ribera, andando, ya sobre las piedras sueltas, ya con el agua hasta las rodillas. El lago formó aquí ocho ensenadas profundas con otras tantas puntillas que se prolongan hasta una milla adentro lo cual significaba que siguiendo la playa, no avanzábamos en nuestro camino. En la segunda ensenada resolvimos acortarlo, atravesando el terreno, lo que nos fué sumamente fatigoso y difícil. Estaba el suelo cubierto de matas tan tupidas de quilas, que durante largos trechos podíamos arrastrarnos sobre el impenetrable tejido de sus ramas, cayéndonos a menudo al suelo cuando disminuía la espesura, para volver en seguida a levantarnos trabajosamente con nuestro equipaje. Por este motivo cambié nuestro rumbo norte por noreste, a objeto

de ganar nuevamente la orilla del lago. En todas partes, sin embargo, seguimos encontrando las mismas tupidas quilas y ningún arbusto de otra clase, obligados a caminar sin descanso hasta entrada la noche sin encontrar agua. La oscuridad nos obligó por fin a tomar reposo. La horrible sed no nos permitió cerrar los ojos, pero sí oír con agradable sorpresa el mugido de una vaca. En vano tratamos de encender fuego a las quilas que llegaban hasta la altura de un árbol, siendo esto quizás si una suerte ya que un gran incendio habría sido muy peligroso para nosotros mismos. Con la esperanza de apoderarnos al día siguiente de la vaca, conciliamos por fin el sueño y pasamos la noche mejor de lo que hubiéramos pensado.

Partimos al salir el sol y trabajamos sin descanso para abrir la senda. Pronto escuchamos nuevamente los mugidos del animal; imitamos su voz, consiguiendo así atraerla hacia nosotros. Cuando la divisé, trepado sobre una pequeña prominencia, escarbando el terreno con las patas y el único cuerno que le quedara, me deslicé cuidadosamente hacia ella de modo que no avanzara o se precipitara sobre mí y, así, a quince pasos de distancia, le acerté un tiro con mi escopeta cargada de postones. Di en el blanco, pero la herida no fué mortal. Intentando echarse sobre mí, tomó repentinamente la Jaga, derribando a su paso las quilas con fuerzas de gigante. Perdida la esperanza de que cayera pronto a consecuencias de la herida y muy apenado al ver desvanecidos nuestros deseos de haber aumentado nuestras provisiones con esta presa, continuamos siempre adelante nuestro fatigoso viaje. A eso de las nueve de la mañana, dimos con un bajo con muchas huellas de animales vacunos y en seguida con un lugar de aguas barrosas con las que apagamos nuestra gran sed y preparamos nuestro almuerzo. Un ligero descanso para proseguir la marcha y llegar por fin de nuevo, a las 4 de la tarde a la orilla del lago. Estoy seguro que en todo el día no anduvimos una legua alemana. Pero no desmayé. Continuamos caminando sobre las piedras rodadas, circundando, con el agua hasta la rodilla, los numerosos árboles caídos. Tenta el volcán en la dirección norte durante un momento en que me hallé solo. A la media hora llegó Charles quejándose de sus piernas hinchadas. Richard no aparecía. Volvimos atrás y lo encontramos sentado, lamentándose y diciendo que no podía seguir adelante. Hicimos fuego; cenamos y deliberamos sobre lo que deberíamos hacer. Por mi parte, hubiera seguido a toda costa adelante, pero debí resolverme en volver atrás. Nuestros zapatos estaban completamente rotos. Mis compañeros se encontraban en un estado tal de ánimo, que difícilmente hubieran podido seguir andando mucho más. Por otra parte, nuestras provisiones estaban ya casi completamente agotadas y la esperanza de haberlas renovado por medio de la caza había fallado también en absoluto. Sólo disponíamos, en ocasiones, de algunas avellanas que cocíamos en agua y que, una vez privadas de la corteza pegajosa que cubre las semillas, encontrábamos de muy buen sabor. Esta fruta fué también un buen agregado a nuestra cena.

A la mañana siguiente volvimos atrás. Me fué necesario cargar con la mayor parte del equipaje a fin de que mis agotados compañeros pudieran caminar con más facilidad. Seguimos la orilla, andando a menudo por el agua, una vez durante media hora sin interrupción y dos veces sumergidos hasta el cuello. A pesar de todo, fué feliz el viaje y al medio día estuvimos de nuevo en el mismo punto donde dos días antes hubiéramos abandonado la orilla para penetrar en el bosque. Aquí hicimos alto y encendimos fuego con el objeto de que Kinderdine, que se quejaba del frío y se sentía mal, pudiera secarse



PANORAMA

las ropas sin desvestirse. Charles había encontrado un pescado, aún bastante fresco, que asamos al fuego, sintiéndonos felices de haber aumentado nuestra comida con esta vianda. Continuamos con los mismos obstáculos nuestra marcha y llegamos, todavía temprano a la desembocadura del Maullín. Aquí tuvimos la suerte de cazar dos grandes patos que constituyeron la parte esencial de nuestra cena. Mientras Richard Kenderdine se calentaba al fuego, traté con Charles de volver a hacer una nueva balsa. Un ruido del monte que sentimos poco antes de acostarnos, nos trajo la esperanza de cazar al día siguiente cerdos salvajes en los alrededores, sobre todo cuando ya habíamos encontrado huellas de estos animales en el camino.

Desgraciadamente nos convencimos al día siguiente de que tales huellas provenían del puma o león chileno que se había aproximado en la noche hasta pocos pasos de nuestro campamento.

En la mañana del dos de Febrero nos embarcamos en nuestra débil balsa, construída con cinco trozos de madera, armada nuevamente con nuestros lazos. Pero, habiendo visto pronto que tan frágil embarcación no era capaz de llevarnos a los tres, me desvestí y traté de nadar, pero, era ya tan grande la distancia que me separaba de la tierra que hube de ganar otra vez la orilla. Viendo que la corriente arrebataba la balsa hubo necesidad de deshacerla para salvar los lazos. Mientras esto sucedía y Charles trataba de armar una nueva balsa, sin ayuda de Richard que se encontraba lejos de nosotros,



PUERTO MONTT

pasé dos horas de angustia esperando la vuelta de mis compañeros; estaba completamente desnudo, expuesto al calor abrasador del sol y sin protección de ninguna clase ni aun cuando hubiera querido enterrarme en la arena. No podía comprender por qué no venían a buscarme. Creí que me habían abandonado y en mi desesperación iba a tratar ya de nadar hacia la orilla, cuando ví venir solo a Charles, remando en su balsa y dando vuelta por una puntilla; una hora después pude recuperar mis ropas y vestirme de nuevo. Era en estos momentos tan fuerte el viento que nos fué preciso agrandar la balsa, trabajo en que ocupamos el resto del día. Nuestra comida consistió en avellanas tostadas en la ceniza, después de lo cual nos acostamos a dormir al lado del fuego, pero la dolencia originada por las quemaduras del sol nos privaron del reposo que necesitábamos. Con el crepúsculo se calmó el viento y llegamos después de una feliz pero lenta navegación a la orilla opuesta, o sea, al antiguo campamento de nuestros compañeros. Pusimos un día entero en atravesar el río.

Al despuntar el alba, comenzamos nuevamente a andar avanzando lentamente a causa del gran cansancio de mis compañeros. No sufría yo menos que ellos ya que, a los dolores de las quemaduras se agregó una contusión del dedo grande del pie. Llegamos este día al mismo lugar en que habíamos conocido el lago. Hicimos alto; cortamos un lazo en trozos pequeños y lo cocimos al fuego durante la noche. Al día siguiente ya era comible y nos sirvió de almuerzo. Penetramos ahora en la selva, andando con tanto

cuidado y lentitud, que sólo a las once de la mañana llegamos a la vecindad del ya descrito «Bosque Quemado», donde, entrada la noche, dimos con nuestro antiguo campamento. No nos fué posible encontrar agua, a pesar de haberla buscado por todas partes y haber cavado inútilmente el suelo. Esta contrariedad nos obligó a comer nuestra harina seca.

Con no menos decisión que antes, emprendimos la marcha el 5 de Febrero. Más que las quemaduras del sol me molestaba mi dedo que se había hinchado considerablemente. A las dos horas de viaje, estábamos ya en Río Negro y cuando quisimos almorzar, nos dimos cuenta de que habíamos perdido el yesquero y nos era imposible hacer fuego. Comimos el último resto de harina y tristes volvimos a caminar, sin provisiones de ninguna clase ni elemento alguno para encender fuego.

Al medio día habíamos perdido la senda, o, mejor dicho, encontramos muchos de los trabajadores de maderas. Esta emergencia fué tan feliz que descubrí, colgada en la rama de un árbol, una pequeña bolsa de harina y un cuerno con lo que apaciguamos el hambre que ya nos atormentaba. Buscamos de nuevo la senda, pero en vano. Por fin hallamos varias hachas en un lugar en que un fogón todavía humeaba. Avivé inmediatamente el fuego y esperamos la vuelta de los trabajadores hasta el día siguiente pues, al haber sido este día domingo, no habían salido al trabajo. El único alimento de que dispusimos fué otro medio lazo.

Mis compañeros, con la esperanza de que pronto cesarían nuestros padecimientos, se durmieron tranquilos y profundamente. Mis agudos dolores no me permitieron análogo descanso. A las ocho de la mañana del día siguiente, oí los primeros golpes de hacha de los trabajadores en el bosque y luego apareció Charles, acompañado de unos chilotes que nos proporcionaron generosamente harina y otras provisiones. Febrero de 1842.

BERNARDO FUNOM PHILIPPI.

Colonos alemanes en Valdivia y Llanquihue

Fué en el año 1846 cuando Philippi trajo las primeras familias alemanas en número de nueve las cuales pronto aumentaron en 300, que fueron radicadas en la Provincia de Valdivia. Con esta acción civilizadora empieza la conquista pacífica de las selvas vírgenes del Sur que emprendieron estos hombres superiores, no con la cruz y la espada, como lo hubieran hecho los españoles, sino con el hacha y la pala en penoso trabajo, y con esto la sistemática transformación en dos de las más hermosas y fértiles provincias que, como dos nuevos y valiosos eslabones prolongan la cadena de oro de las provincias centrales de Chile hacia el Sur. El mismo Bernardo Eunom Philippi encaja a esta cadena el eslabón final con la conquista definitiva de Magallanes contra las aspiraciones de una nación extranjera el año 1852. En aras de su querida patria adoptiva, cae allí muerto por la mano alemana de un desconocido asesino a fines de Octubre de ese mismo año. Su nombre queda grabado en los anales de la historia de Chile, como uno de sus héroes y benefactores en la paz.

Vicente Pérez Rosales termina la obra de colonización y la posteridad le rinde testimonio de gratitud eterna por esta acción, erigiéndole un monumento conmemorativo en la Plaza de Puerto Montt el año 1927, al celebrarse el septuagésimo quinto aniversario de la fundación de aquellas colonias. Las hazañas de Bernardo Eunom Philippi, empero, caen al olvido por un prolongado lapso de tiempo.

El Presidente Manuel Montt ha sido el hombre que, reconociendo los abnegados servicios y la sincera convicción de que ese gran benefactor de Chile era merecedor, le honró haciéndolo ascender rápidamente en el escalafón de su carrera militar.

En 1843 fué nombrado capitán de ingenieros; en 1847 Sargento Mayor; en 1848 Teniente Coronel del Ejército; finalmente, en 1851 intendente de Magallanes. El gran estadista reconocía las virtudes de la raza germana, virtudes, que la capacitaban en alto grado para la colonización, es decir, su laboriosidad, tenacidad y su inclinación sedentaria que nace del amor al terruño fecundo.

El hijo de don Manuel Bulnes, don Gonzalo Bulnes, senador, por largos años Ministro Plenipotenciario en Alemania, fué gran amigo de aquel país como también de los descendientes de alemanes en Chile. A él debemos principalmente, la neutralidad de Chile (y por esto también de Argentina) en la última guerra. Los descendientes de los inmigrados nunca olvidarán que don Gonzalo Bulnes fué su amigo más fiel y poderoso protector.

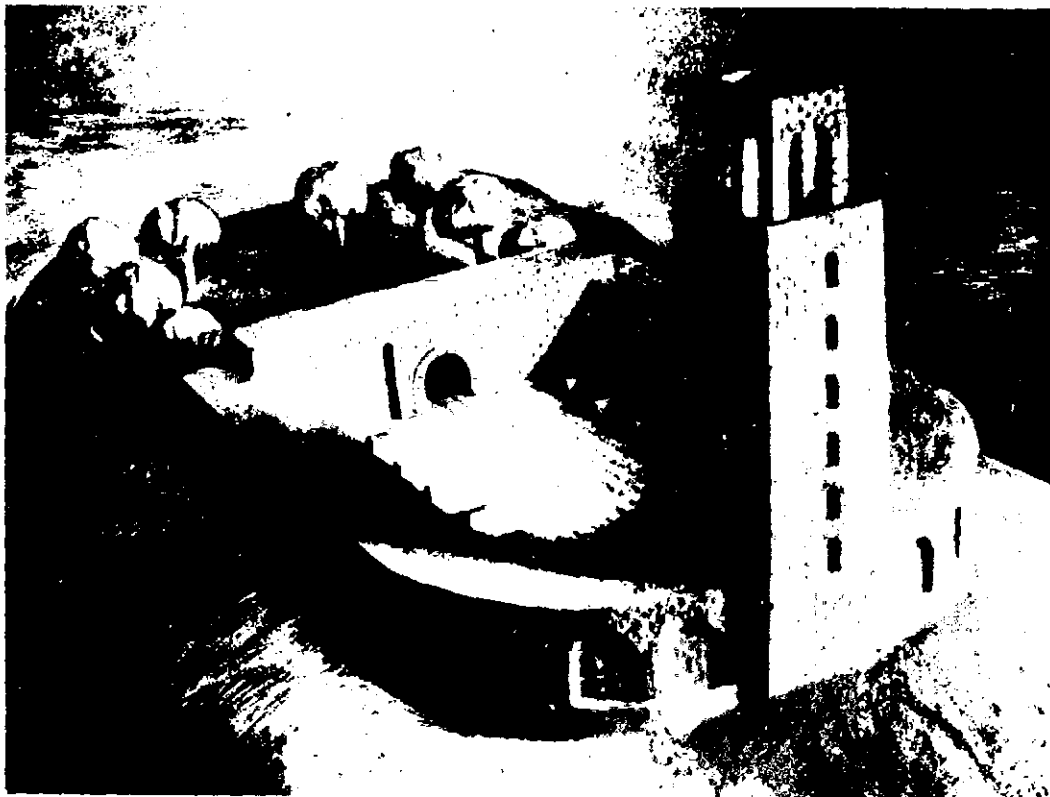
La misma apreciación del valor de la inmigración germana, apreciación que se basa en las cualidades del carácter de los inmigrados, la tuvo el capitán de fragata Roberto Maldonado cuando afirma que la cuarta parte de los colonos que llegaron a la Isla de Chiloé eran de nacionalidad alemana y que casi todos ellos se quedaron en aquella tierra inhospitalaria, mientras que los de otras nacionalidades se desban-

daron para ir al norte o para volver a su patria y que, precisamente la tentativa frustrada en gran parte de colonizar un territorio de tan pésimas condiciones, vino a demostrar las excelentes cualidades de los colonos de origen teutón.

El comienzo de la colonización alemana significa, cronológicamente, la iniciación de la confraternidad chileno-alemana. Esta amistad entre las dos naciones encarna la persona que al primer mandatario de aquel entonces inspiraba la más amplia confianza, el infatigable Bernardo Eunom Philippi, a quien hay que considerar como el iniciador de la tradicional amistad entre estos dos pueblos, a la vez que padre de la colonización alemana en Chile. Es aquí necesario además, destacar otro de sus grandes merecimientos: nos trajo a su hermano, al naturalista de mayor envergadura que ha trabajado en Chile cual es don Rodolfo Amando Philippi, hombre genial que laboró en nuestro país infatigablemente durante más de medio siglo.

Consideramos un deber de honor rendir a la memoria de Bernardo Eunom Philippi un homenaje público y perdurable. Ha de ser un monumento de amistad, a la vez que un símbolo al trabajo de dos culturas, la hispánica y germana en bien de Chile.

La Liga Chileno-Alemana acogió la idea, haciéndose cargo de este deber ante la historia continental, tomando a la vez la iniciativa de la erección de un monumento.



EL MONUMENTO CHILENO-ALEMAN DE PUERTO VARAS

Estas aspiraciones han encontrado eco entusiasta tanto en los círculos gubernativos chilenos, como también entre los intelectuales y descendientes de los inmigrantes de la comunidad germana en Chile.

Como punto de partida, para iniciar esta obra, el señor Fernando Binder ha obsequiado a la Liga Chileno-Alemana, el terreno de su propiedad situado en la colina o península que lleva su nombre, próxima a la estación ferroviaria de Puerto Varas, lugar éste de admirable elección.

El arquitecto Rodolfo Oyarzún Philippi, biznieto del hermano de Bernardo Eunom, ha elaborado un proyecto de un monumento grandioso que se elevará cual un castillo feudal, con una torre de cincuenta metros sobre la cumbre de dicha península y cuyos edificios, construídos en piedra, se destinarán a salas de exposiciones, museos y aula para festividades.

En el gran atrio de honor se levantarán las estatuas del Presidente Bulnes, de Vicente Pérez Rosales y de Bernardo Eunom Philippi. Bajo los arcos de ese mismo atrio irán en alto relieves episodios históricos y las efigies de colaboradores tanto chilenos como alemanes en la gran obra de civilización.

En Enero de 1935 llegó en visita a Puerto Montt el crucero alemán «Karlsruhe». Los descendientes de los inmigrantes, representaciones de la Liga Chileno-Alemana, del «Jugendbund», de la Comunidad de los Alemanes de Llanquihue y pueblos vecinos, como también de las autoridades chilenas, en presencia del Cónsul Alemán de Puerto Montt y del señor Comandante y cuerpo de oficiales del Crucero, con un destacamento de su tripulación y su banda de músicos, celebraron en un acto simbólico y solemne la colocación de la primera piedra de este monumento.

A objeto de llevar a la práctica estas ideas, fué necesario formar una comisión de hombres de cultura y representación, habiendo tenido la suerte de que todos ellos aceptaran gustosos los cargos que se les ofrecieran.

Esta comisión quedó formada por las siguientes personas:

COMISION PRO CONSTRUCCION DEL MONUMENTO CHILENO-ALEMAN EN PUERTO VARAS

Presidente Honorario Señor GONZALO BULNES, ex-Ministro de Chile en Alemania, senador de la República, etc. (fallecido poco tiempo después).

Presidente: Señor MATIAS SILVA, actual Ministro del Interior.

Vice-Presidente: Señor DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR, Presidente de la Comisión de Monumentos Nacionales; ex-profesor y Rector de la Universidad de Chile.

Señor Doctor D. Cristóbal Martín, médico y profesor de la Universidad de Concepción; Dr. phil. h. c.; Presidente Honorario de la Liga Chileno-Alemana.

DIRECTORES

Señor TEODORO SCHMIDT; Profesor Universitario y Director General de Obras Públicas.

Señor General FRANCISCO JAVIER DIAZ, conocido publicista y literato. Ex-director general del Ejército de Chile.

Señor CARLOS SILVA VILDOSOLA; ex-director de El Mercurio y distinguido periodista.

Señores CARLOS SILVA CRUZ; ALBERTO RIED, DOMINGO OYARZUN, Director del Departamento de Turismo; ERNESTO RIED, arquitecto y RODULFO OYARZUN PHILIPPI, arquitecto, autor del proyecto de monumento.

Tesorero General: Señor Ing. Diplomado HERMANN WINTERHALTER.

Secretario: CLAUD VON PLATE, estudiante de Derecho.

COMISIONES LOCALES

En Concepción: Sres. W. KOEBRICH y ROBERTO KRAUTMACHER, Director del Liceo Alemán, Presidente de la Comisión Escolar de la Liga Chileno-Alemana.

En Valdivia: El Director de la Liga Chileno-Alemana, representado por el señor PAUL SIEVERS, actual Presidente de la Liga y Sr. KURT BAUER, Profesor y literato.

En Puerto Varas: Señor Primer Alcalde D. EDUARDO RICKE y Sres. WIEHOFF, FRITSCH, SCHROERS, GERMAN WIEDERHOLD y FERNANDO BINDER.

En Puerto Montt: Sr. L. ACKERMANN, Ingeniero y Agrimensor.

El ante-proyecto encargado al arquitecto Sr. Rodolfo Oyarzún Philippi, fué presentado a la sesión que tuvo lugar en la sala del señor Ministro del Interior don Matías Silva el día 20 de Octubre de 1936 y aprobado en general. Para los detalles del aludido trabajo el Sr. Oyarzún se trasladó a Europa con el fin de estudiar la materia en Alemania, Austria y España.

El importe aproximado de esta obra se estima en dos millones de pesos, pero se limitará, por ahora a la construcción de la torre central. En la misma sesión se dió cuenta de que el Gobierno de Chile había adquirido el terreno contiguo al retazo donado por el señor Binder habiéndose ya construido un camino para automóviles desde la estación del ferrocarril hasta la cumbre, arborizándose, además, el cerro con plantaciones de árboles chilenos. Hasta ahora el Gobierno de Chile ha invertido en estas obras preliminares más de cien mil pesos. El señor Martín entregó como resultado de una colecta privada entre sus relaciones la suma de ocho mil pesos.

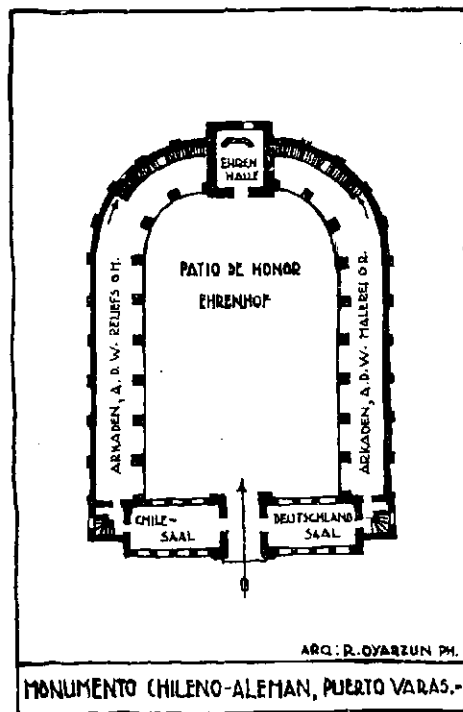
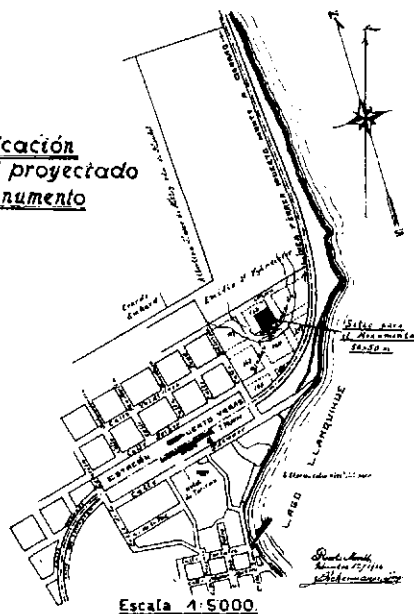
La comisión autorizó, hace algún tiempo al señor Martín para que presentara personalmente el ante-proyecto al Gobierno Alemán, previa aprobación de dicho trabajo por el Presidente de la República, encargando S. E. al Sr. Martín que manifestara al Gobierno Alemán que él tenía especial interés en la realización de esta obra y que patrocinaba gustoso la erección de este monumento.

Posteriormente la Comisión se ha impuesto del resultado de las gestiones llevadas a cabo en Alemania por su delegado el Doctor Martín y ha proseguido con toda dedicación a realizar nuevas gestiones tendientes a iniciar cuanto antes los trabajos.

Por encargo de la Comisión pro monumento Chileno-Alemán.

Firmado: ROB. KRAUTMACHER.—C. MARTIN.

Ubicación
del proyectado
Monumento



Dos palabras más

Ligada la pujante nacionalidad germánica, por vínculos de sangre con una parte de los chilenos, corresponde ahora a los descendientes de aquellos esforzados iniciadores de la colonización de nuestras provincias australes, estrecharse en un abrazo de mutua comprensión, afanándose en cooperar a la realización de esta obra, con los hijos de Alemania, radicados en nuestra tierra pródiga.

Han de responder a este llamado, pletórico de patriotismo y de perfecto buen entendimiento, además todos los chilenos comprensivos del progreso nacional que saben admirar la labor gigantesca de aquellos primeros hombres de ambas razas que arribaron, hace ya cerca de un siglo hasta el Lago Llanquihue, para sembrar en sus márgenes ubérrimas, la simiente del trabajo y la civilización.

No basta sólo la importantísima colaboración de los gobiernos. Se requiere el interés y entusiasmo de los chilenos y alemanes quienes, unidos, de seguro han de responder a este llamado.

La Comisión encargada de llevar a la realidad la idea de erigir el Monumento Chileno-Alemán en Puerto Varas, confía en esos entusiasmos y presiente, con fundadas esperanzas, que esta obra de trascendencia mundial, ha de ser inaugurada con la mayor solemnidad, en el primer centenario del re-descubrimiento de ese lago maravilloso, que ha sido el espejo que ha reflejado, durante cien años, el noble esfuerzo de labor y cultura, de dos pueblos hermanados ya en la historia de esta parte de nuestra inmensa América.

ALBERTO RIED.

El 20 de Marzo de 1937 en una sesión de la Comisión Chilena en Santiago el Dr. Martin dió cuenta de sus actividades en Berlín:

Después de haberse orientado ampliamente y después de numerosas visitas hechas a las autoridades del Reich guiado por el Señor Embajador Chileno en Berlín y por el Instituto Ibero-Americano en Berlín (a los cuales el Dr. Martin en primer lugar debe sus agradecimientos) el Señor Embajador Chileno organizó una *recepción* en los salones de la Embajada el 11 de Enero de 1937, que tuvo por objeto llegar a la formación de una organización análoga a la Comisión Chilena.

A esta recepción fueron invitadas las siguientes personas:

- Señora Mercedes de Arnolds Porto Seguro;
- Señora General Reinecke;
- Señora Cristina Brieva de Molina Letelier;
- Señora Carmela Mackenna Subercaseaux;
- Señora Cristina de Brieva;
- Señora Carmelita Silva de Fernández;
- Señora Elfriede de Bustamante Pinto.
- Señora Gildemeister;
- Señorita Dr. Unger (Frauenwerk).
- Señorita Dr. Hase;
- El Embajador Chileno Don L. Varnhagen de Porto Seguro.
- Señor Dr. Panhurst, Secretario General del Instituto germano-ibero americano.
- Señor Franz Hasenöhrl, Consejero en el Ministerio para «*Volksaufklärung*».
- Señor Bernhard Hinst, Consejero de Gobierno;
- Señor Dr. Gravell;
- Señor Prof. Dr. Max Westenhöffer;
- Señor Studienrat Bock (Instituto germano-ibero-americano).
- Señor Dr. Scurla, Consejero de Gobierno, Director del servicio de intercambio germano-americano.
- Señor Vice-Presidente Steeg;
- Señor Comisario de Estado Prof. Dr. Hettlage;
- Señor Consejero Poensgen;
- Señor Lumme, Director de la Asociación de intercambio económico de la América Central y del Sur;
- Señor Melettke, Director en el Ministerio de Relaciones;
- Señor Prof. Danhard, Ministerio de Educación del Reich;
- Señor Gauleiter Bohle;
- Señor Gauleiter Zeisig;
- Señor Consejero Superior Burmeister;
- Señor Mayer, Consejero Ministerial;
- Señor Dr. Rot, Consejero de Legación;
- Señor Dr. Opfergeld, Asociación de los Institutos de Intercambio ;
- Señor Teniente Coronel Hanessé, Ministerio de Aviación del Reich;
- Señor Director Braemer, Banco Alemán Transatlántico;
- Señor Jefe de Redacción Kutschera;
- Señor General Reinicke, Presidente del Instituto germano-ibero-americano;

El personal de la Embajada Chilena y numerosos otros.

Después de conversaciones detenidas sobre el sentido y la importancia del Monumento de amistad Chileno-Alemana y después de entregar un memorial con figuras y fotografías del Monumento el Señor Embajador ofreció la palabra al Señor Dr. Martín, quien en forma de un discurso explicó la historia y la razón del Monumento. Inmediatamente después hablaron el Señor Prof. Westenhöffer y finalmente el Señor Embajador, Don Luis Varnhagen de Porto Seguro, expresó su consentimiento con frases entusiastas. La concurrencia aplaudió vivamente los pensamientos expresados. Se formó un Comité provisorio para las gestiones de financiar el proyecto, consiguiendo de los círculos dirigentes y de las autoridades del Reich una parte correspondiente de los costos. Este Comité ha sido formado provisoriamente:

Señor Consejero Ministerial Franz Hasenöhrle;

Señor Consejero de Gobierno Hinst;

Señor Dr. Panhurst, haciendo las veces de Secretario.

Este Comité será ampliado hasta hacerse análogo al Comité Chileno.

CHRISTOPH MARTIN.

EN FEBRERO DE 1942 SE CELEBRARA EL CENTENARIO DEL RE-DESCUBRIMIENTO DEL LAGO LLANQUIHUE. LA COMISION ESPERA CONFIADA QUE EN ESA EPOCA HA DE SER INAUGURADO SOLEMNEMENTE ESTE MONUMENTO A LA AMISTAD CHILENO-ALEMANA.